

El Mundo de Mañana

Marzo y abril del 2010

www.mundomanana.org



*¿Qué significa nacer
de nuevo?*



“Clave” vital para el crecimiento espiritual

Mensaje personal del director general, Roderick C. Meredith

En la vida de hoy, tan apresurada, confusa y llena de distracciones, a menudo no encontramos tiempo—o no *hacemos* tiempo—para pensar en lo que es realmente importante.

Quizás, en ocasión del sepelio de algún ser querido, nos hayamos detenido a pensar cuán repentinamente podrían terminar también los afanes y las carreras de la vida *nuestra*. Quizás hayamos meditado silenciosamente en las cuestiones *reales* de la vida: ¿Por qué estamos aquí en la Tierra? ¿Cuál es el verdadero propósito de nuestra existencia? ¿Cómo podemos cumplir aquel gran propósito?

La mayoría de nosotros comprendemos que nos hace falta estar más seguros de nuestra relación con el Creador y que necesitamos acercarnos a Él. La mayoría de las personas sienten, en términos generales, que desearían cumplir la voluntad divina. Lo piensan brevemente... hasta que suena el teléfono o hasta que empieza su programa de televisión preferido, o... hasta que cualquier otra cosa les hace postergar su oportunidad de acercarse a Dios.

Permítanme dar a conocer una “clave” muy importante que me ha ayudado durante mis 57 años en el ministerio de Jesucristo. Son muchas las dificultades, muchos los altibajos que he tenido en la vida. He sentido profunda decepción ante la conducta de algunos de mis hijos adolescentes y de otros jóvenes. Me han herido las ofensas o indiscreciones de personas a quienes amaba. Luego

de 20 años de matrimonio, mi primera esposa murió en mis brazos víctima de cáncer. He observado a *decenas* de amigos y personas amadas abandonar la verdad de Dios. Han abundado, pues, los “motivos” para desanimarme.

Sin embargo, tengo una costumbre que *siempre* me ha ayudado a reponerme. Más aún, esa costumbre fue la que me ayudó a relacionarme con Dios en un principio.

Esa “clave” vital es la costumbre de apartar con regularidad tiempo y energía para *buscar* a Dios.

¿Cómo?

El rey David, monarca de la antigua Israel, pasó por *centenas* de pruebas y dificultades, así como profundas *penas*, pero siempre pudo reponerse. Pese a sus flaquezas humanas, llegó a ser “un varón conforme al corazón de Dios” (Hechos 13:22). Las Sagradas Escrituras nos dan una idea de qué hacía David para relacionarse con Dios: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la Luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra” (Salmos 8:3-5).

El Mundo de Mañana

Director general

Roderick C. Meredith

Director de la obra hispana

Mario Hernández

Director financiero

Raúl Colón

Colaboradores

Daniel Campos

Margarita Cárdenas

Verónica Medrano

Jorge Schauback

Direcciones de El Mundo de Mañana

Argentina

Mitre 2996
8000 Bahía Blanca
Tel. 54 (291) 488 4253

Bolivia

Ave Potosí #1171
Padilla y Uguni 1171
Recoleta, Cochabamba
Tel. 59 (1) 4489291 (293)

Chile

Casilla 31
Independencia, Santiago
Tel. 56 (2) 669 5878

Colombia

Apartado 13129
La Playa, Medellín, Ant.
Tel. 57 (4) 230 3523

www.mundomanana.org

Costa Rica

Apartado 234
Santa Ana 2000
Tel. (506) 2282 4646

España

Apartado 3560
35004 Las Palmas,
Gran Canaria
Tel. 34 (92) 928 3340

Estados Unidos

Apartado 3810
Charlotte, NC 28227-8010
Tel. 1 (704) 844 1970

Guatemala

7ª Ave 8-43 Zona 2,
B° El Jardín, Coatepeque,
Quetzaltenango
Tel. (502) 7775 4824

México

Apartado 89
76901 El Pueblito,
Corregidora
Querétaro

Perú

Lote 25 Mz B-3 Coop
Santa Aurelia
Dist. Santa Anita
Lima
Tel. (51) 1 343 0293

Puerto Rico

Urb. Sabanera 282
Camino Miramontes
Cidra 00739
Tel. (787) 739 5708

Correo: viviente@ice.co.cr

La revista *El Mundo de Mañana* no tiene precio de suscripción. Se distribuye gratuitamente a quien la solicite gracias a los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia del Dios Viviente y otras personas que voluntariamente han decidido tomar parte en la proclamación del verdadero evangelio de Cristo a todas las naciones. Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera revisión de 1960.

David *sacaba tiempo* para *meditar* y *pensar* en lo que era realmente importante. Solía hacerlo al aire libre, en medio de la maravillosa creación de Dios, contemplando la Luna y las estrellas. No tenía un radio ni un televisor zumbando en el fondo, ni un teléfono que sonaba ni otras distracciones cuando pasaba el tiempo buscando a Dios.

Cuando David tuvo que andar escondido y huyendo por Judea, perseguido por el rey Saúl que buscaba su vida, le *clamó* a Dios en voz alta: “Dios, Dios mío eres tú; *de madrugada te buscaré*; mi alma tiene *sed* de ti, mi carne te *anhela*, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario. Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos. Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca, cuando me acuerde de ti en mi lecho, cuando medite en ti en las vigilias de la noche. Porque has sido mi socorro, y así en la sombra de tus alas me regocijaré. Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (Salmos 63:1-8).

Este hermoso pasaje nos dice *mucho* sobre cómo abordaba David a Dios. En toda situación, lo “buscaba”. Dios era el *epicentro* de la vida de David. Era Aquel a quien David *adoraba* y bendecía sinceramente y de quien se acordaba, en quien meditaba. Realmente, la vida de David ¡giraba *en torno* a Dios! Nosotros somos hechos a imagen de Dios, y Él desea que nosotros, lo mismo que David, aprendamos a andar con Él, a hablar con Él y a relacionarnos con Él (1 Juan 1:3).

¡Pero recuerde! Para acercarse a nuestro Creador, es preciso que lo adoremos ¡del *modo* que Él manda! Jesucristo nos instruyó así: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, *en espíritu* y *en verdad* es necesario que adoren” (Juan 4:24). Jesucristo también dijo: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Para adorar, pues, al Dios verdadero, al Dios que *inspiró* la Biblia, debemos *estudiar* la Biblia con empeño. Debemos “nutrirnos” *saturando la mente* y *el corazón* con la Palabra de Dios, leyendo constantemente con la *mente abierta*, buscando sinceramente y meditando en la *voluntad divina* revelada en las Sagradas Escrituras. Entonces aprenderemos *cómo andar* con Dios, *cómo orarle* y *cómo tener una relación* con Él. De lo contrario, terminaremos como los miles de millones de personas a la *deriva* en el mundo: sirviendo a Dios con la imaginación humana—del *modo* que no debe ser—quizá siguiendo alguna religión falsa o simplemente dejando que nuestra imaginación humana nos diga qué hacer. ¡Pero la Biblia nos advierte estrictamente que *no* hagamos eso! “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12; 16:25).

Lo que *parece* un modo de vida correcto ¡bien puede ser *diametralmente opuesto* a la voluntad de nuestro Creador! Por eso, tenemos que estar dispuestos a *estudiar*, a *meditar* y a “*probarlo todo*”, ¡comparando todas nuestras ideas y filosofías con lo que Dios nos dice en las páginas inspiradas de la Biblia! Entonces sí podremos “abrirle el corazón” a Dios en oración ferviente y continua. Entonces podremos pedirle con *fe* absoluta que nos *guíe* en la vida, que *nos dirija*, que *se valga* de nosotros en su servicio; ¡y que nos lleve a su Reino eterno!

Tal deseo debe ser lo *primero* en nuestra mente y en nuestra vida, y ha de manifestarse en las *acciones* que tomemos. Jesús dijo: “Buscad *primeramente* el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Muchos pasajes del Antiguo Testamento muestran cómo Dios realmente bendijo a hombres y mujeres que hacían el esfuerzo de “buscarlo”. Observemos: “Vino el Espíritu de Dios sobre Azarías hijo de Obed, y salió al encuentro de Asa, y le dijo: Oídmme, Asa y todo Judá y Benjamín: el Eterno estará con vosotros, si vosotros estuviereis con Él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, Él también os dejará” (2 Crónicas 15:1-2). ¿Cómo respondieron? “Entonces prometieron solemnemente que buscarían al Eterno el Dios de sus padres, de todo su corazón y de toda su alma” (v. 12).

La Biblia describe cómo Uzías fue bendecido cuando anduvo con Dios. “*Persistió en buscar a Dios* en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó al Eterno, Él le prosperó” (2 Crónicas 26:5).

También en el siguiente pasaje, la Palabra de Dios nos ayuda a ver *cómo* y *por qué* bendijo a aquellos reyes piadosos: “De esta manera hizo Ezequías en todo Judá; y ejecutó lo bueno, recto y verdadero delante del Eterno su Dios. En todo cuanto emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la ley y los mandamientos, *buscó* a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue *prosperado*” (2 Crónicas 31:20-21).

La *lección* es que si realmente deseamos hacer la voluntad del Dios grande quien nos creó y nos da el aliento y la vida, entonces debemos “buscarlo” con celo y de todo corazón. ¿Cómo? Tenemos que *apartar tiempo* urgentemente para concentrarnos en la *voluntad* de Dios *estudiando* lo que Él ha revelado en la Biblia, después *meditando* atentamente en la voluntad divina tal como se revela en la Biblia, y luego *orando con fervor* a nuestro Padre en el Cielo para que nos dé fortaleza y comprensión para conocer y aplicar su voluntad. Finalmente, debemos *actuar* según la voluntad divina, “andando” así con Dios, como lo hacían Abraham, David, Jesús y todos aquellos que Él nos da como ejemplo en sus Escrituras inspiradas.

Entonces, *sin duda*, Dios *nos escuchará* y *nos responderá*, siempre y cuando respondamos a su voluntad, tal como lo ha hecho con otros que nos precedieron. Recuerde que, “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).

Recordemos siempre lo que Dios le prometió a su pueblo cuando estaba cautivo en Babilonia: “Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice el Eterno, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocareis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me *buscaréis* y me hallaréis, porque me *buscaréis de todo vuestro corazón*” (Jeremías 29:11-13).


Roderick C. Meredith

Preguntas y respuestas

Pregunta: *¿Por qué El Mundo de Mañana se concentra en los sucesos del tiempo del fin más que en el evangelio? ¿No es perjudicial para un cristiano de hoy en día su enfoque apocalíptico?*

Respuesta: *El Mundo de Mañana sí tiene su principal atención en el evangelio que Jesús predicó: El evangelio del Reino de Dios. Ese evangelio es un mensaje de esperanza, que anuncia una época en la cual la humanidad vivirá en paz y armonía, gobernada por Jesucristo. Muchos que se llaman a sí mismos cristianos predicán solamente una parte de su mensaje; un mensaje acerca de la persona de Cristo, en lugar de predicar lo que Cristo predicó. En cambio, El Mundo de Mañana se esfuerza por predicar “todo el consejo de Dios”(Hechos 20:27).*

En nuestro mundo actual, plagado de violencia, la palabra “apocalíptico” ha adquirido connotaciones de destrucción y presagios negativos. Sin embargo, la palabra griega *apokalupsis* simplemente significa “revelación”, ¡y es el título del último libro en su Biblia! Los seguidores de Cristo son pacificadores (Mateo 5:9). Las palabras de Cristo, narradas en los cuatro Evangelios y en el “apocalíptico” libro de la Revelación, dejan bien claro que los verdaderos cristianos no toman las armas contra otros seres humanos. Los cristianos se defienden a sí mismos no con instrumentos de violencia sino con la armadura espiritual de Dios (Efesios 6:11-18), incluso ante los sucesos traumáticos que nos conducen hacia el final de esta era.

Los discípulos de Jesucristo le preguntaron cómo podrían reconocer el fin de este siglo. Él respondió: “Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores. Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, este será salvo. Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para

testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:5-14).

Ningún cristiano verdadero puede negar que Jesús anunció un tiempo de gran tribulación para el mundo. Pero lo hizo con un propósito *positivo*, para que sepamos que su segunda venida *evitará* la aniquilación total de la vida (Mateo 24:22) e iniciará una era de mil años de felicidad y vida pacífica bajo su gobierno sobre la Tierra. Después de esto Dios resucitará a todos aquellos a quienes nunca les fue dado el entendimiento y la conversión, para que tengan su primera oportunidad de salvación (Apocalipsis 20:5-6). ¡Ese es un mensaje de paz suprema y esperanza!

Hay todavía un aspecto más sorprendente del mensaje de esperanza de Jesús. Quienes acepten su sacrificio, y permitan que Él viva su vida en ellos, lo asistirán como reyes y sacerdotes sirviendo a la humanidad durante el milenio (Apocalipsis 5:10). ¿Qué significa permitir que Cristo viva en nosotros? El apóstol Pablo escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). Los cristianos que viven por la fe de Jesucristo hoy en día están experimentando un anticipo de cómo será la vida en el milenio bajo el gobierno de Jesucristo. Ese es un mensaje de esperanza, y es el verdadero evangelio, el evangelio del Reino de Dios, el que Jesucristo predicó. Ese es el enfoque de *El Mundo de Mañana*.



¿Qué significa nacer de nuevo?

Por John H. Ogwyn

Muchos que se consideran a sí mismos como “nacidos de nuevo”, jamás han entendido lo que la Biblia enseña sobre este importante tema. ¿Es “nacer de nuevo” un suceso, un proceso, o algo tan profundo que la mayoría de quienes se consideran cristianos no pueden ni siquiera imaginar?

Una suave brisa otoñal entraba por las ventanas abiertas de la pequeña iglesia rural donde me sentaba de niño. Conforme a la costumbre de innumerables iglesias protestantes grandes y pequeñas, la nuestra había organizado una “campaña evangelística”. El pastor invitado pronunció un sermón impactante, como es tradicional en tales ocasiones; y recalcó que debíamos entregar el corazón al Señor para poder volver a nacer. “¡Hay que nacer de nuevo!” reiteró una y otra vez durante aquella semana que duró la cruzada. Los que estábamos presentes esa noche, al igual que millones de otras

personas, veíamos el nuevo nacimiento como una experiencia emocional que ocurre una sola vez, en el momento en que la persona “acepta a Cristo”. ¿Es esto lo que quiso decir Jesucristo cuando le dijo a Nicodemo que es necesario “nacer de nuevo” para heredar el Reino de Dios?

No nos equivoquemos: Es cierto que nacer de nuevo ¡es imprescindible! Sin ello, jamás veremos el Reino de Dios. Jesucristo así lo dijo en Juan 3:3. Sin embargo, persiste la pregunta: ¿Qué es, exactamente el nuevo nacimiento al que Jesús se refería?

Diversas ideas sobre el nuevo nacimiento

Para millones de personas, influidas por la predicación evangélica protestante, la expresión “nacer de nuevo” es algo muy parecido a lo que pensaba aquel predicador en el mitin a cuyo llamado respondí hace más de 45 años. En cambio, muchos seguidores de otras religiones llamadas cristianas ven el fenómeno de otra manera. Los que han pertenecido a alguna de las iglesias “sacramentales” más formales tienen una idea bien distinta de lo que es “nacer de nuevo”. El *Diccionario de la Biblia y la Religión* explica en el artículo “Regeneración”, que el rito del bautismo de niños recién nacidos, practicado no solo por la Iglesia Católica y por la Ortodoxa Oriental sino por muchas iglesias protestantes también, “se conoce históricamente como una regeneración bautismal” y se basa en la creencia de que el sacramento, correctamente administrado, tiene poder para conferir lo que su nombre implica, a saber, una regeneración o nuevo nacimiento del niño dentro de la Familia de Dios”.

Las iglesias que consideran el bautismo de niños como un sacramento creen que la ceremonia confiere esa regeneración y que la persona bautizada entra en el Reino de Dios en ese momento. Los evangélicos dirían que primero, el individuo debe hacer su profesión de fe personal, después de lo cual sí “nace de nuevo” y que a partir de ese momento se encuentra en el Reino.

La creencia de que es necesario “nacer de nuevo” no se limita a los que se consideran cristianos. En el mundo de hoy, budistas e hinduistas también hablan de un renacer. En un artículo sobre la “Regeneración”, el *Diccionario bíblico del intérprete* explica que muchas de las antiguas religiones de los misterios enseñaban que sus adeptos nacían de nuevo por medio de ritos especiales. Usaban el término “regeneración... para designar la salvación alcanzada por el creyente durante su iniciación”. Desde los estoicos y los pitagóricos hasta los seguidores del mitraísmo y de los antiguos misterios eleusinianos, unos y otros creían en la necesidad de un nuevo nacimiento.

Las discusiones de índole religiosa suelen rebasar los límites de la religión y pasar a otros aspectos de la vida. Desde los años setenta el concepto de “nacer de nuevo” se ha vuelto popular. La expresión “nacer de

nuevo” se ha empleado cada vez más para distinguir entre los fervorosos creyentes en un cristianismo vivido y sentido por una parte, y los que estos consideran simples “cristianos de nombre”, por otra. Muchos que resaltan la importancia de lo que llaman una “experiencia de renacimiento” también buscan el “hablar en lenguas” y otros fenómenos carismáticos emotivos como prueba de que han vivido el “nuevo nacimiento”.

Los que consideran que “nacer de nuevo” es un sacramento y los que consideran que es una experiencia personal están de acuerdo en un punto. Unos y otros dan por sentado que el cristiano *ya ha nacido de nuevo en esta vida*. Esta convicción es fundamental en su concepto del plan divino de salvación. Pero es importante preguntarnos: ¿Acaso tienen razón? ¿Cuándo ocurre en realidad el nuevo nacimiento? La respuesta a esta pregunta es crucial si hemos de reconocer claramente lo que es la salvación.

¿CUÁNDO ocurre la salvación?

La mayoría de las personas, aunque se consideren cristianas, tienen una idea errada de lo que es la salvación. Según la Biblia, ¡se trata de un proceso! Casi nadie comprende este hecho tan vital. Pero antes de aclararlo, preguntemos por qué necesitamos ser salvos. ¿Salvos de qué? Una vez que entendamos estos puntos, podremos empezar a entender el cuándo y el cómo de la salvación.

En una palabra, somos salvos de la muerte; ¡de la muerte eterna! El apóstol Pablo nos dice claramente que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Y explica: “Porque la paga del pecado es muerte, *mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*” (6:23). El Padre divino es quien toma la iniciativa de traernos a la salvación. “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8; ver también Juan 6:37, 44). Entonces, ¿podemos decir que la muerte de Cristo nos salva? La siguiente afirmación es asombrosa: “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por Él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos *por su vida*” (Romanos 5:9–10).

Notemos que hay un proceso de salvación. Todos hemos pecado. En otras palabras, todos hemos quebrantado la ley santa y justa de Dios (1 Juan 3:4). Es más: El apóstol Pablo explica en Colosenses 1:21 que fuimos enajenados de Dios, y nos convertimos en enemigos suyos en nuestra mente por causa de nuestras malas acciones. Como resultado, merecemos la muerte eterna. Fue Dios quien tomó la iniciativa de hacer posible la salvación; Cristo ocupó nuestro lugar y murió en vez de nosotros. Sin embargo, su sola muerte ¡no nos salva! Lo que hace es hacer posible nuestra justificación y reconciliación. Significa que podemos llegar a ser inocentes y entrar en armonía con Dios. Si bien la iniciativa fue de Dios, nosotros debemos responder a ella. Pedro así lo explicó a quienes oyeron su sermón el día de Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Esta es en realidad solo la primera etapa. En el bautismo, asumimos el compromiso de obedecer a Dios y damos comienzo a un proceso de superación espiritual. En Mateo 24:13, Jesucristo deja en claro que solamente los que perseveren hasta el fin serán sal-

vos. La salvación es un proceso que comienza para nosotros cuando recibimos el Espíritu Santo de Dios, inmediatamente después del bautismo y culmina cuando “esto mortal se vista de inmortalidad”, en la resurrección que ocurrirá cuando Cristo regrese (1 Corintios 15:53).

Entre el momento de la conversión y la muerte, ¡Dios espera que hagamos algo! Pablo escribió: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). Jesucristo resumió así lo que debemos hacer como respuesta al amor de Dios: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21). Nosotros no heredamos el Reino en el momento de la conversión, sino que Dios espera que llevemos una vida de crecimiento y superación, facultados para ello con el poder de su Espíritu Santo.

En Gálatas 2:20, Pablo explica cómo crecemos espiritualmente: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Cristo no solamente murió para pagar por nuestros pecados sino que después de tres días y tres noches, salió del sepulcro vivo para siempre. Dios lo levantó con poder y gloria como el “primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18). Es por medio de su vida que nosotros también podemos tener vida eterna (Romanos 5:10).

Así como se imparte nueva vida en el proceso del nacimiento humano, con la concepción, un período de crecimiento y desarrollo y luego la llegada al mundo, también la vida nueva se imparte en el proceso de salvación. Somos engendrados, crecemos y nos desarrollamos como cristianos y luego entramos en el Reino de Dios. El momento de la salvación es el mismo instante de la resurrección, cuando finalmente heredaremos el Reino como hijos de Dios, nacidos de su Espíritu. Cristo dijo en Lucas 20:36 que seremos “hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección”.

“Os es necesario nacer de nuevo”

Nicodemo no podía creerlo. Había venido de noche en secreto adonde estaba Jesús, para aceptar en privado, que él y otros dirigentes religiosos lo reconocían como hombre venido de Dios. ¿Pensaría que Jesús iba a agradecer este sello de aprobación, aunque fuera dado en secreto?

No sabemos lo que el fariseo pretendía, pero sí sabemos que quedó atónito ante la respuesta de Jesús. Nicodemo, como fariseo que era, ¡jamás consideró que hubiera la menor duda sobre su salvación! Al fin y al cabo, guardaba la ley escrupulosamente conforme a la tradición farisaica. Había nacido de la descendencia de Abraham, a quien Dios dio las promesas en la antigüedad. Fue circuncidado al octavo día, con lo cual se convirtió en miembro de la comunidad del pacto. No era un odiado publicano, a quienes muchos judíos consideraban inmundos y pecadores dado su contacto continuo con los gentiles. Tampoco era de los *am ha eretz* (la gente de la tierra), o sea las masas del pueblo que se ocupaban en el mundano oficio de ganarse la vida, con pocas horas libres para estudiar la Torá.

El Reino de Dios era la esperanza de los fariseos como Nicodemo. Creían en la resurrección y creían que el Mesías establecería

su Reino, el cual gobernaría a todas las naciones tal como lo habían predicho los profetas. Por otra parte, los judíos del primer siglo veían el Reino y la resurrección en términos casi enteramente físicos y materialistas. Miraban la entrada en el Reino como algo que les correspondía por derecho propio gracias a las promesas hechas dentro del pacto con Abraham. Si bien reconocían la necesidad de que un prosélito gentil se despojara de su vieja identidad luego de la circuncisión y la *mikvah* (rito de inmersión), para convertirse en hijo de Abraham, no se percataban de que ellos tuvieran una necesidad análoga (ver Juan 8:32-36). ¿Acaso no eran ya hijos de Abraham, y como tales, herederos de las promesas por ser quienes eran?

De ahí el asombro de Nicodemo ante la respuesta de Jesucristo. Cristo dijo que el parentesco físico de Nicodemo como hijo de Abraham no le daba **ningún derecho** a recibir una herencia en el Reino de Dios. La entrada en ese Reino se basa exclusivamente en el parentesco espiritual.

En Juan 1 se prepara el escenario para la conversación con Nicodemo de Juan 3. El apóstol Juan contrastó los derechos de quienes eran nacidos del Espíritu con los de aquellos que solo habían nacido de la carne. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas **a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios**” (Juan 1:11-13).

Para los antiguos griegos, la concepción se produce al unirse el germen del padre con la sangre de la madre. Cristo estaba aclarando que la concepción que ocurre en el cuerpo materno como resultado de una decisión y la pasión de los humanos, no es la que genera hijos capaces de heredar su Reino. Al final de cuentas, lo de gran importancia no es nuestro parentesco físico ¡sino nuestro parentesco espiritual!

¿Cuándo será el nuevo nacimiento?

El fenómeno bíblico de “nacer de nuevo” es análogo al proceso del nacimiento físico. La *regeneración espiritual* que ocurre en el bautismo se compara con la procreación por el padre humano. Luego de la procreación, tenemos que crecer y desarrollarnos como cristianos tal como el feto debe crecer y desarrollarse dentro de la madre hasta que esté listo para nacer. La Biblia compara el parto en sí con la resurrección, como se ve claramente en Juan 3:6 donde Jesús le dijo a Nicodemo: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Pablo explicó en 1 Corintios 15:50-53 que si bien la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, en la resurrección seremos convertidos en *espíritu inmortal*.

Como el viento, que tiene gran poder pero es invisible, así serán los que hayan *nacido del Espíritu* (Juan 3:8). En esta vida hemos sido como Adán, dotados de cuerpo mortal y físico. Después de la resurrección, tendremos un cuerpo espiritual glorificado, como el que tuvo Jesucristo luego de su resurrección (1 Corintios 15:43-49; Apocalipsis 1:13-15). “El cuerpo de la humillación nuestra” se transformará en un cuerpo como el “cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21). Jesucristo ya no se cansa ni siente hambre. Ya no está sujeto al dolor ni a la muerte, sino que salió del sepulcro ¡para nunca más morir! Jesús volvió a la gloria que tuvo con el Padre antes del mundo y ahora se sienta a la diestra del Padre como nuestro Intercesor y nuestro próximo Rey (Juan 17:4; Hebreos 4:14-16).

En Colosenses 1:18 y Apocalipsis 1:5 se describe a Jesucristo como “primogénito de entre los muertos”. Estas palabras dan a entender claramente ¡que nosotros también “naceremos de entre los muertos”! En Romanos 8:29 está escrito: “A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos”. El término griego traducido como “primogénito” es *prōtotokos*. *Prōtos* significa “primero en orden e importancia”. Este sentido queda demostrado en el empleo del prefijo en palabras españolas como “prototipo”.

La Biblia se vale de muchas *analogías* para caracterizar a los verdaderos cristianos, por ejemplo: comparándolos con bebés recién nacidos en 1 Pedro 2:2, como hijos adolescentes en Hebreos 12:6-7, como piedras vivas para edificar un templo espiritual en 1 Pedro 2:5 o como partes del organismo humano en 1 Corintios 12:12; pero *nacer de nuevo* sigue siendo la descripción más *clara* y más *completa* de lo que *literalmente* ocurrirá cuando entremos en el Reino de Dios. Explica qué es en realidad la salvación: Convertirse literalmente en hijos de Dios (Hebreos 2:10).

En este momento, los cristianos verdaderos son herederos pero no han recibido la herencia. Cristo deja en claro que esto solamente ocurrirá después de la resurrección. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él”, les dirá a los santos resucitados: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:31, 34). Jesucristo reveló claramente a sus discípulos en Mateo 24:13 que solamente los que persistan y perseveren hasta el fin se salvarán. Dios tiene un propósito grandioso para el hombre. ¡Dios se está reproduciendo a sí mismo en nosotros! Podemos ser parte de la Familia de Dios como hijos plenamente nacidos, como hermanos menores de Jesucristo, quien es el primogénito de *muchos* hermanos (Romanos 8:29).

La ceremonia del bautismo es para el cristiano una figura de la propia resurrección (Romanos 6:1-5). En la resurrección, finalmente vamos a ser revestidos de inmortalidad y vamos a heredar el Reino de Dios (1 Corintios 15:50-53). Simbólicamente, nos enterrarán en un sepulcro de agua y luego salimos del agua para andar en vida nueva. En Juan 3:5, Cristo se refirió a la necesidad de nacer del agua y del Espíritu. En la Biblia, el agua suele emplearse como símbolo del Espíritu Santo (Juan 7:38-39). El hecho de subir de las aguas bautismales es un nacimiento simbólico, una figura de nuestro verdadero renacer en la resurrección.

Pretender que la experiencia bíblica de “nacer de nuevo” equivale a la conversión o a una experiencia emotiva en el momento del bautismo es pasar por alto un hecho esencial: ¡Que la *salvación es un proceso*! La salvación *empieza* cuando recibimos el Espíritu Santo de Dios después del bautismo convirtiéndonos así en partícipes “de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). De ahí, el cristiano debe crecer en gracia y conocimiento por el resto de su vida física. El proceso de salvación culminará con la resurrección, cuando el cristiano llegará plenamente al glorioso Reino de Dios como un hijo de Dios, glorificado y nacido del Espíritu. ¡Es verdad que Dios está “trayendo *muchos* hijos a la gloria”! (Hebreos 2:10). ¿Será usted uno de ellos? Para serlo, ¡es necesario “nacer de nuevo”!^[MM]

Expresiones griegas que se refieren a un nuevo nacimiento

La palabra griega **gennaō** se traduce al español como “nacer” y “engendrar”. A veces los traductores de la Biblia usan estos términos como si fueran perfectamente intercambiables. Pero no lo son; y este punto, en apariencia pequeño, puede causar mucha confusión y llevar a un grave y fundamental error.

La obra titulada *Thayer's Greek-English Lexicon of the New Testament* dice que **gennaō** significa “propriadamente: del hombre, engendrar hijos... más raramente, de la mujer, dar a luz” (*Strong* 1.080).

El *Interpreter's Bible*, un comentario en 12 tomos, ofrece una regla sencilla pero clara para saber cuándo se debe traducir **gennaō** como “nacer” y cuándo sería preferible “engendrar”. “El nacimiento se puede considerar desde el lado paterno, en cuyo caso el verbo es ‘engendrar’ o desde el lado materno, en cuyo caso el sentido es ‘dar a luz’” (vol. 8, Abingdon Press, pág. 505).

La palabra española “engendrar” se refiere a la acción del padre que genera hijos. Dos sinónimos serían “procrear” y “fecundar”. “Dar a luz” se refiere a la función de la madre en la reproducción, que es gestar al hijo hasta llevarlo a término y luego darlo a luz. En español, “engendrar”, hablando del Padre, se limita a la concepción. En griego, **gennaō** tiene un sentido más amplio, como que puede abarcar todo el proceso de “tener un hijo”. Encontramos un ejemplo de esto al notar que en Mateo 1:20 **gennaō** se traduce como “engendrado”, mientras que en Mateo 2:1 se traduce como “nació”. En los dos casos, la palabra correcta en español es obvia por el contexto.

Podríamos preguntarnos cómo es que la misma palabra sirve para describir tanto el hecho de que el hombre engendre un hijo como el hecho de que la mujer lo dé a luz. La respuesta es que el proceso se mira como un todo. Podríamos considerar la expresión española “tener un hijo”. Se considera que tanto el padre como la madre “tienen” al hijo, engendrándolo, gestándolo y trayéndolo al mundo. Los verdaderos cristianos son “hijos” de Dios ahora. Seguiremos siendo “hijos de Dios” mientras **sigamos** creciendo con su Espíritu. Y al final, si “vencemos” (Apocalipsis 2:26) seremos “hijos de Dios” en el pleno sentido de la palabra ¡al **nacer** espiritualmente en la resurrección!

El término **gennaō** también se encuentra combinado con otros prefijos o palabras para referirse a la regeneración o a un nuevo nacimiento. Uno de estos términos es **anagennaō**, que significa literalmente “reengendrar” o “renacer”. Ocurre solamente en 1 Pedro (1:3, 23) y se refiere al hecho de que nacemos nuevamente de “semilla incorruptible”, proceso que empieza con la concepción espiritual y culmina con la resurrección (vs. 4-5).

Otra palabra, **palingenesia**, que literalmente significa “ser de nuevo”, aparece en Mateo 19:28 y Tito 3:5. Estos dos versículos nos hablan de un proceso que comienza con la renovación espiritual, simbolizada por el bautismo, y culmina con la resurrección, cuando los 12 apóstoles “serán de nuevo”, habiendo recibido un cuerpo espiritual glorificado (1 Corintios 15:43-44). Entonces se sentarán en 12 tronos para juzgar a las 12 tribus de Israel.

Una forma de esta expresión, **palin genomai**, es la única expresión de la *Versión de los Setenta* (una traducción del Antiguo Testamento al griego que se usaba en tiempos de Cristo) para referirse al nuevo nacimiento. Figura en Job 14:14, donde Job prevé la resurrección: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi **liberación [palin genomai, ‘renacimiento’]**”.

La última expresión que vamos a examinar es **gennaō anodsen** en Juan 3:3. Suele traducirse “nacer de nuevo” pero muchos eruditos piensan que es mejor “engendrar de lo alto”. El *Lexicon* de Thayer explica que **anodsen** significa “desde arriba... de lo alto... a menudo... del cielo o de Dios”. Y enseguida cita otra acepción, que es “de lo primero... De ahí... de nuevo, otra vez, indicativo de repetición (uso algo raro pero rechazado erróneamente por muchos)” (*Strong* 509). El *Lexicon de Thayer respalda esta segunda acepción* para Juan 3:3 dada la respuesta de Nicodemo, según la cual él pensó que Cristo estaba hablando de la necesidad de “entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer” (v. 4), una repetición de la experiencia del nacimiento humano.

Este, naturalmente, no es el meollo del asunto. Las dos ideas son correctas, ya que sí es necesario **nacer de nuevo**, pero esta vez tiene que ser de lo alto. Es un proceso que se origina con nuestro Padre celestial, no en la Tierra con un padre terrenal. El punto importante para entender en Juan 3 es cuál etapa del proceso se está describiendo. En otro contexto, **gennaō anodsen** podría referirse simplemente a nuestra etapa actual de “nacer” o de convertirnos al ser “engendrados” ahora como hijos de Dios. Pero dadas las palabras de Cristo en Juan 3, podemos determinar que se está hablando de un proceso concluido. Los que sean **gennaō anodsen** se componen de espíritu (v. 3) y son invisibles como el viento (v. 8). Por tanto, la frase **gennaō anodsen**, en el contexto inmediato de Juan 3, se traduciría “plenamente nacido de nuevo”, es decir, **nacidos de nuevo** ¡como “hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lucas 20:36).

John H. Ogwyn



¿Cómo se va a restaurar la Tierra?

Por Douglas S. Winnail

Una crisis ambiental de proporciones mundiales amenaza poner fin a toda vida en la Tierra. El problema no se va a resolver con nuevas leyes, más tecnologías ni tratados internacionales. Mientras los gobiernos vacilan, a la humanidad se le agota el tiempo para hacer los cambios necesarios. Los peritos calculan que si persisten las tendencias actuales, ¡en tan solo 30 ó 50 años importantes extensiones de la Tierra quedarán *inhabitables!*

Es triste ver cómo la *verdadera* causa de la crisis ambiental se ignora o se desconoce y se pasan por alto las soluciones correctas. Debemos comprender a *qué* se debe esta crisis ambiental mundial, *cómo* va a resolverse y qué papel podemos cumplir nosotros en la restauración de la Tierra.

¡Una crisis alarmante!

Los clamores sobre la crisis ambiental han reverberado desde hace 50 años... y sin embargo, la vida prosigue. Los escépticos prefieren pensar que las advertencias sobre una crisis ecológica mundial son producto de fanáticos alarmistas y ambientalistas radicales, pero se equivocan. El deterioro ecológico continúa su marcha inexorable hacia un desenlace dramático. La situación se ha venido agravando

en los últimos 50 años, y ahora, para el futuro cercano, se perfilan serias perturbaciones en nuestro modo de vivir.

La población mundial sigue en aumento explosivo. En 1940 el mundo alcanzó, por primera vez en su historia, dos mil millones de habitantes. Solamente 35 años más tarde, se sumaron otros dos mil millones ¡y apenas 25 años después se agregaron otros dos mil millones! Si continúa el ritmo de duplicación actual de 40 años, para el año 2040 podrá haber 12.000 millones de seres humanos en el mundo; ¡el doble de hoy! Teniendo en cuenta que la mayor parte del crecimiento se produciría en los países en vías de desarrollo, que ya padecen los efectos de la degradación ambiental, nuestro mundo de los próximos decenios estará “*carente* de comida suficiente, sin agua potable, sin vivienda adecuada, sin higiene, sin educación, sin los elementos indispensables para la vida” (*La redención de la creación*, van Dyke, 1996). Según otro especialista “el crecimiento rampante de la población es una amenaza más concreta para la humanidad que cualquier catástrofe soportada por el mundo hasta ahora”.

El aumento demográfico tendrá un impacto devastador sobre el medio ambiente ya que a medida que aumenta la población, aumenta proporcionalmente el ritmo de consumo de los recursos naturales.

La realidad del problema se ve al revisar informes ecológicos que demuestran que en la actualidad “la tercera parte de las extensiones agrícolas del mundo están perdiendo su capa superficial de tierra fértil a una velocidad tal, que perjudicará su productividad a largo plazo... El 50 por ciento de las praderas del mundo están sometidas a pastoreo excesivo... dos tercios de las zonas pesqueras del mundo se están explotando más allá de su capacidad” (*The Ecologist*, noviembre del 2001). Por otra parte, las fuentes de agua dulce en el mundo están disminuyendo, y “para el 2050, es posible que dos tercios de la población mundial esté habitando regiones aquejadas por la escasez crónica y extendida de agua. Las *guerras por el agua*, predichas hace más de un decenio, se están convirtiendo en un peligro inminente”. Esto debería hacernos reflexionar seriamente.

Durante los últimos siglos hemos utilizado combustibles fósiles como el carbón y el petróleo para suplir las necesidades energéticas de nuestras sociedades industriales, profundamente dependientes del automóvil. La combustión despidió gases de invernadero como el dióxido de carbono y el metano a la atmósfera. Este fenómeno contribuye al calentamiento global y a los cambios violentos en el clima. Los glaciares del mundo se están derritiendo y los casquetes

polares se adelgazan y encogen. En los últimos 40 años, la Tierra ha perdido el 10 por ciento de su capa de nieve. Los científicos predicen que con el *aumento en el nivel de los océanos*, se inundarán grandes extensiones de las tierras costeras del Atlántico y en especial del golfo de México; así como zonas costeras del Mediterráneo y grandes partes de Holanda, Dinamarca y el Oriente Británico. Desaparecerán muchas islas. Se perderán tierras agrícolas de primera calidad y se verán desplazamientos masivos de poblaciones, pues las dos terceras partes de las ciudades más grandes del mundo se encuentran en lugares costeros vulnerables.

Agréguese a esto el adelgazamiento de la capa de ozono que protege la Tierra contra la peligrosa irradiación ultravioleta, el daño causado a los bosques y sistemas de agua dulce por el agua ácida, la contaminación del aire y el agua, las montañas de desechos sólidos generados por nuestras sociedades derrochadoras y el creciente ritmo de desaparición de las especies de fauna y flora; resulta entonces obvio, aun para el observador más desprevenido, que estamos al borde de una *verdadera crisis ecológica* de proporciones mundiales. El ex primer ministro británico Tony Blair declaró hace poco que “seríamos irresponsables si tratáramos estas predicciones como tácticas de intimidación. Son las opiniones sopesadas de algunos de los mejores científicos del mundo. No podemos darnos el lujo de desatenderlas” (*The Futurist*, julio y agosto del 2002, pág. 7).

La raíz del problema

Para resolver cualquier problema, tenemos que identificar la causa y ocuparnos de ella. El exceso de población, el pastoreo ex-

cesivo, la pesca excesiva, la erosión del suelo, la deforestación, la contaminación, la destrucción de hábitats y la extinción de especies son factores que influyen en la crisis ecológica. Pero la verdadera causa es mucho más profunda y tiene que ver con nuestro sistema de valores y nuestras actitudes hacia el mundo natural: la creación. Las actitudes y acciones se desprenden de nuestros valores y principios. Y estos están determinados en gran parte por nuestra *religión* y nuestra filosofía de la vida.

El historiador Lynn White Jr., planteó esta idea en 1966 en una importante conferencia, cuando aseveró que “la ecología humana

está profundamente condicionada por las *creencias* acerca de nuestra naturaleza y destino, es decir, por la *religión*... más ciencia y tecnología no nos sacará de la actual crisis ecológica a menos que encontremos una nueva religión o repensemos la antigua” (*El cuidado de la creación*, Berry, 2000, pág. 40-41). Según este respetado historiador, “nuestra ciencia y tecnología han surgido de las actitudes cristianas hacia la relación del hombre con la naturaleza” y en consecuencia, “la cristiandad lleva una carga de culpa enorme”. White *se equivocaba* al culpar el mandato divino que dice: “llenad la Tierra, y sojuzgadla; y señoread...” (Génesis 1:28) como una prerrogativa concedida al hombre para abusar de los recursos de la Tierra. Luego razonó que “tendremos un empeoramiento de la crisis ecológica hasta que rechacemos el axioma cristiano de que la naturaleza no tiene otra razón de existir que la de servir al hombre” (*ibídem* pág. 42).

Este erudito se equivocó en su comprensión de las Sagradas Escrituras pero acertó en su conclusión (si bien no en el sentido que él creía) al decir que “siendo la raíz de nuestros problemas en gran parte religiosa, **el remedio también tiene que ser esencialmente religioso**... tenemos que reflexionar y volver a definir nuestra naturaleza y destino”. En esencia, lo que precisamos hoy es un sistema de convicciones, una ética ambientalista que ofrezca a las sociedades humanas directrices para preservar la Tierra y sus recursos. Dicha ética debe promover las actividades humanas que actúen en armonía con las leyes ecológicas sustentadoras de la vida en la Tierra.

Lamentablemente, y debido a la amplia circulación del trabajo de White, muchos han buscado en religiones paganas y filosofías orientales directrices para erigir una sociedad ecológicamente sustentable; aunque tales creencias no han evitado la destrucción masiva del medio ambiente en sus propias tierras de origen. Estas personas niegan *los prejuicios* que les impiden buscar en la Biblia las indicaciones que el Creador ha revelado y que le indican a la humanidad cómo relacionarse con su medio. ¡Y son directrices que llevan allí miles de años!

La enseñanza bíblica

En claro contraste con las religiones del mundo, la Biblia contiene el esquema de una amplia ética ambiental que le permitiría



Vista de la contaminación en la ciudad de Los Ángeles, California.

al hombre conservar una sociedad ecológicamente sustentable. Las Sagradas Escrituras revelan que la Tierra le pertenece a Dios (Salmos 24:1); y lo que Él creó, lo consideró *muy bueno* (ver Génesis 1). Las instrucciones de Dios en Génesis 1:28 no le conceden al hombre el derecho de explorar sin misericordia el medio natural. La palabra hebrea traducida como *sojuzgar* en realidad significa “pisar” e implica tener “soberanía, control y dirección sobre la naturaleza”. La palabra hebrea traducida como “señorear” significa “regir, manejar, hacer útil, desarrollar o embellecer”. Ahora bien, ¿cómo espera Dios que manejemos la Tierra?

Dios le dijo a la humanidad que “labrara y cuidara” el medio natural que la rodeaba (Génesis 2:15, Reina Valera 1995). Estas palabras indican claramente que se debe trabajar, cultivar y al mismo tiempo atender y cuidar el entorno. Los humanos tenemos la muy seria responsabilidad de ser *administradores prudentes* de la obra creada por Dios. Debemos manejarla como la manejaría Dios, conforme a sus instrucciones. Moisés advirtió a los reyes de Israel que en vez de estar amasando posesiones para sí con codicia, dedicarían tiempo a estudiar y aprender cómo se aplican las leyes de Dios (Deuteronomio 17:14-20). Jesús les dijo a sus discípulos que todo el que aspira a un cargo de liderazgo tiene que aprender primero a servir a otros (Mateo 20: 25-28). ¿Qué pautas nos da el Creador en su Palabra que ayudarían a los gobernantes humanos a atender y desarrollar la creación con sabiduría y prudencia?

La primera tarea que Dios le dio a Adán, dentro del contexto de labrar y cuidar el huerto, fue poner nombre a los animales (Génesis

2:19). Para ser un buen administrador, Adán tenía que hacer un inventario ambiental de sus dominios. Hablando con Dios de los diferentes animales y plantas, Adán aprendería que Dios creó diferentes hábitats para cada criatura (Salmos 104:5-26) y que diseñó la Tierra para que funcionara conforme a ciertas leyes y ciclos (ver Proverbios 3:19; Eclesiastés 1:5-7). Para manejar bien la Tierra, tenemos que comprender y vivir en armonía con las leyes físicas que Dios dispuso para asegurar la permanencia de la vida en la tierra.

Los humanos tenemos la muy seria responsabilidad de ser *administradores prudentes* de la obra creada por Dios.

Las Sagradas Escrituras dan las pautas básicas y revelan cómo debemos manejar los recursos de la Tierra y funcionar en armonía con sus leyes ecológicas. La Biblia promueve el uso prudente de los recursos forestales y su conservación (Deuteronomio 20:19-20). Las instrucciones divinas sobre el manejo de la fauna nos permiten aprovechar las poblaciones de animales pero no explotar este recurso renovable hasta el punto de arruinarlo (Deuteronomio 22:6-7). Los animales encomendados al cuidado del hombre debían tratarse en forma humanitaria (Deuteronomio 22:4, 25:4; Lucas 14:5), no haciéndolos cruelmente en jaulas como es hoy día la práctica común en muchas granjas industriales.

Los residuos biodegradables debían desecharse de un modo sanitario, acorde con los ciclos naturales de descomposición (Deuteronomio 23:12-14). Esto impediría la contaminación del medio y la propagación de enfermedades. La sobreexplotación forestal, la pesca y la caza indiscriminadas; y agotar todos los recursos no renovables privando de los mismos a las generaciones futuras, son violaciones al mandamiento que dice: “No hurtarás” (Éxodo 20:15). Cada siete años había que dejar descansar las tierras agrícolas para restaurar su fertilidad (Levítico 25:1-4). Los asentamientos huma-

nos no debían estar hacinados ni ser malsanos (Isaías 5:8), sino que debían dejar espacio para jardines (Miqueas 4:4) y para el contacto con el mundo natural (Génesis 2:15), a fin de dar gozo e inspiración (Salmos 23:1-2). Los padres no debían tener más hijos de los que podían mantener (1 Timoteo 5:8) y educar (Proverbios 22:6).

La sabiduría esencial ¡perdida!

¿Cómo es posible que nuestro mundo moderno y esclarecido haya perdido de vista directrices tan importantes, capaces de moldear las actitudes fundamentales hacia el medio que nos rodea? ¿Por qué los teólogos no entienden ni explican la manera de aplicar estas leyes dictadas por Dios? ¿Por qué la mayoría de quienes hoy se dicen cristianos no siguen estas directrices tan prácticas? Los dirigentes civiles y religiosos de la antigua Israel rechazaron las instrucciones divinas y siguieron en su lugar las costumbres codiciosas, egocéntricas, abusivas y ruinosas de sus vecinos paganos. Los antiguos griegos talaron los bosques y destruyeron la capa de suelo fértil en gran parte de su territorio. El apetito voraz del Imperio Romano acabó por asolar los recursos de gran parte de África del Norte mientras que ciertas especies de grandes animales usados como bestias de pelea en los circos se redujeron hasta casi desaparecer. Otros imperios infligieron daños similares al medio ambiente de su tierra.

Las ideas de los filósofos griegos como Platón, que ejercían gran influencia en su época, poco ayudaron a promover la administración sabia de la Tierra. Para Platón, el dios supremo y el punto

central para el hombre eran la mente y el intelecto. Lo físico y material, incluyendo el mundo natural, eran puramente secundarios; una abstracción o un mal necesario. De Platón nos llegó el concepto de que el alma está *presa* dentro de un cuerpo físico. Estas ideas ejercieron una poderosa influencia en los intelectuales de la Iglesia Católica y explican por qué los teólogos medievales se dedicaban a debatir puntos intelectuales como la naturaleza de Dios, la trinidad y cuántos ángeles cabían en la cabeza de un alfiler; *pero hacían caso omiso* de los aspectos prácticos contenidos en las Sagradas Escrituras. Por otra parte, el sentimiento antijudío en los primeros siglos de la Iglesia Católica condujo al rechazo del Antiguo Testamento y sus importantes pautas ambientales.

Todo ese bagaje antibíblico ha tenido una poderosa influencia sobre los teólogos modernos. Como resultado, lo que hoy suele llamarse “cristianismo”, es más bien un reflejo de la filosofía griega que del pensamiento de Dios. La religión se ha convertido para muchos en una búsqueda egocéntrica de la salvación personal, en vez de un camino de vida centrado en el esfuerzo por vivir “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Además, “muchas gente tiene la idea errónea de que la Biblia solamente se ocupa de cosas espirituales, con lo cual quieren decir cosas sentimentales o irreales” (van Dyke, pág. 125). En palabras de un biólogo, “tanto hemos personalizado la experiencia cristiana... tanto hemos descrito el compromiso con Cristo como un estado de introspección mental... tanto hemos definido la fe como una cualidad del intelecto, que hemos creado cristianos unidimensionales” (*ibídem* pág. 36-37).

El mundo moderno ha perdido información de vital importancia, cuyo origen es la revelación divina. Los teólogos no han aprendido en su formación religiosa a explicar las dimensiones ambien-

talistas de las Sagradas Escrituras. Simplemente ¡no saben lo que realmente dice la Biblia! Ciertos estudios revelan que “quienes dicen conocer bien al Señor suelen saber poco e interesarse poco por la obra que Él creó” y según un importante biólogo, “los que más van [a la iglesia]... mostraron el más bajo nivel de interés por el medio ambiente” (*ibidem* pág. 112, 132). Esto es trágico, considerando que las primeras instrucciones que Dios le dio al hombre tenían que ver con el cuidado del entorno. Como los teólogos no han explicado fielmente nuestras obligaciones como administradores de la creación de Dios, los ambientalistas modernos se ven sin más recurso que escudriñar las religiones paganas en busca de una ética ambiental que les apoye en su deseo de salvar la Tierra. Las herejías de la “nueva era” y la adoración de la Tierra como “nuestra sagrada diosa Tierra” han florecido en “el vacío dejado por la Iglesia al no ocuparse del tema de la creación” (*ibidem* pág. 133).

La verdad y las consecuencias

¿Acaso importa que sigamos o no las pautas del Antiguo Testamento sobre el manejo del medio ambiente? Al fin y al cabo, ¿no es el cristianismo una religión de amor, gracia y alabanzas a Jesús? La Biblia indica claramente que Jesucristo va a regresar a la Tierra (Juan 14:3; Hechos 1:11). Pese a la idea comúnmente aceptada de que todos los que aman al Señor serán llevados al Cielo, la realidad revelada por la Biblia es que Jesús va a venir a *juzgar* a las naciones (1 Crónicas 16:33; Mateo 25:31-46). Como parte de ese juicio, la Biblia dice que llegará el tiempo al Mesías: “de dar el galardón a sus siervos los profetas... y de **destruir a los que destruyen la Tierra**” (Apocalipsis 11:18).

Las Sagradas Escrituras indican claramente que Dios no mira con ligereza los estragos ambientales que los hombres han hecho en la Tierra. Su orden de que seamos administradores prudentes de su creación trae consigo serias responsabilidades. Tendremos que rendir cuentas. Las personas que se verán rechazadas por Cristo cuando regrese son las que no siguieron las instrucciones dadas por Él (Mateo 7:21-23), entre ellas las de velar por todo lo que Dios creó. De allí la importancia de entender y aprender a aplicar estas directrices bíblicas.

Y del futuro, ¿qué? ¿Será que toda la vida va a terminar por extinguirse? ¿Hay algo que podamos hacer para rectificar la crisis ambiental que se cierne como una amenaza sobre nuestro planeta?

¿Hay algún papel para nosotros en la restauración de la Tierra?

Tiempos de restauración

La profecía bíblica indica que Dios va a intervenir antes que el hombre acabe por destruir toda la vida del planeta (Mateo 24:22). Cuando regrese Jesucristo, va a recompensar a los santos dándoles la oportunidad de gobernar la Tierra como reyes y sacerdotes (Apocalipsis 1:6; 5:10; Daniel 7:18, 27). Como dirigentes civiles y religiosos en el Reino de Dios, los santos van a explicar las leyes divinas, entre estas la dimensión ambientalista de la Biblia, a toda la humanidad (Isaías 2:2-4). Como resultado, el mundo entero llegará a entender el camino de vida que Dios ha esbozado en su Palabra (Isaías 11:9).

En el Reino de Dios venidero, las dimensiones fundamentales del conocimiento van a restaurarse en todos los ámbitos del saber humano: religión, ciencia, educación y artes. La gente verá a sus maestros, y estos explicarán detalladamente el camino de vida de Dios, incluso las pautas bíblicas para la administración del ambiente (Isaías 30:21-22). Las ciudades se van a reedificar de manera que armonicen con el medio natural (Isaías 1:6-9, 61:4) y los ecosistemas del planeta se restablecerán (Isaías 35:1-6). El Nuevo Pacto que muchos cristianos esperan abarcará a todas las criaturas de la Tierra (Oseas 2:18).

La Biblia se refiere a este extraordinario futuro, cuando Jesucristo regrese a la Tierra para establecer el Reino de Dios, como “tiempos de la restauración de todas las cosas” (Hechos 3:19-21). Cuando consideramos la destrucción ambiental y la desaparición de las especies a manos del hombre, quizá comprendamos mejor las palabras del apóstol Pablo en el sentido de que “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora... Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:22,19). ¿Qué debemos hacer nosotros? Conocer las causas de los problemas ambientales que afrontamos. Familiarizarnos con las leyes ecológicas que Dios dispuso para que la Tierra se rigiera por ellas. Estudiar y aprender a aplicar las pautas bíblicas que Dios le ha dado a la humanidad para definir nuestra relación con la Tierra, sus criaturas y sus recursos. Podemos convertirnos en hijos e hijas de Dios y tener la oportunidad de reinar en la Tierra como reyes y sacerdotes en el Reino de Dios... ¡siempre y cuando tomemos en serio lo que está revelado en las Sagradas Escrituras! ^[M]

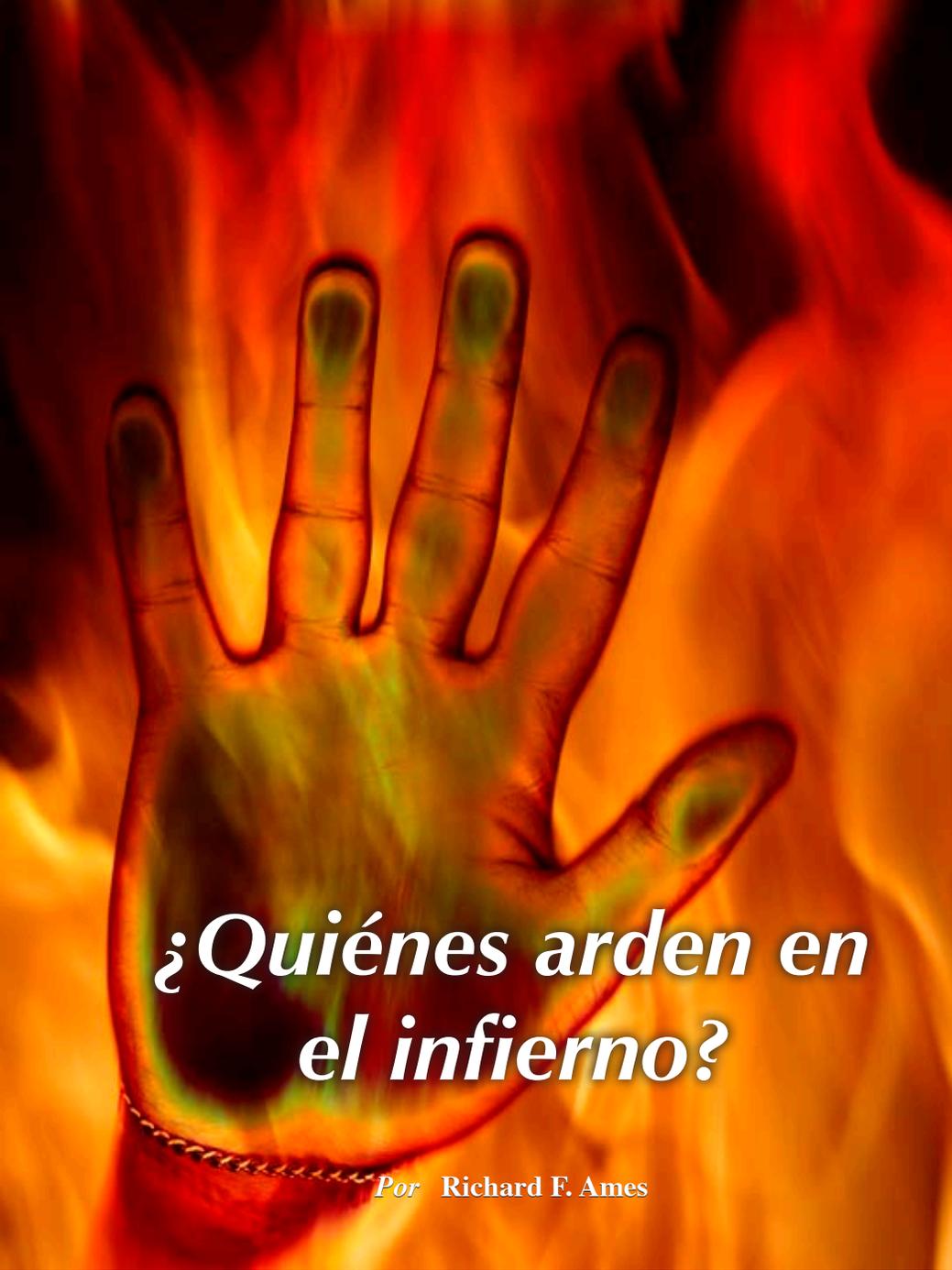


¿Por qué el Dios del Universo no es real para la mayoría de la gente?... ¿Por qué hay tanto escepticismo y dudas acerca de Dios?

¡Si usted ha considerado estas preguntas, las respuestas podrían cambiar su vida!

Encontrará las respuestas a estos y otros interrogantes en nuestro esclarecedor folleto: El Dios verdadero - Pruebas y promesas.

No espere y solicítelo de inmediato a una de las direcciones que se encuentran en la página 2 de esta revista o envíe un correo a: viviente@ice.co.cr. A vuelta de correo lo recibirá, como todas nuestras publicaciones, sin ningún costo para usted. También puede descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.mundomanana.org.



¿Quiénes arden en el infierno?

Por Richard F. Ames

¿Tiene usted en este momento amigos o seres queridos que están sufriendo en un tormento de fuego?

Millones de personas en todo el mundo piensan que algunos de sus seres queridos, y muchos de sus enemigos, se encuentran ahora mismo ¡ardiendo en las llamas del infierno! Otros, que se consideran muy “modernos”, condenan semejante idea como pura superstición. ¿Cuál es la *verdad*? Y, si hay un fuego infernal, ¿hay allí algún atormentado *en este momento*?

Es interesante notar lo que señalan algunas encuestas realizadas en países nominalmente cristianos: “Si bien no hay un concepto predominante del infierno, ciertas perspectivas tienen mucha aceptación.

Cuatro de cada diez adultos piensan que el infierno es ‘un estado de separación eterna de la presencia de Dios’ (39 por ciento), y la tercera parte (32 por ciento) dice que es un lugar real de tormento y pena adonde van muchas almas después de la muerte’. Una tercera perspectiva, adoptada por uno de cada ocho adultos, es que ‘el infierno es solamente el símbolo de algún mal resultado desconocido después de la muerte’ (13 por ciento). Otros encuestados no estaban seguros o dijeron que no creían en la vida más allá de la muerte (16 por ciento)”.

¿Qué enseña la Biblia sobre este tema?

La Biblia ciertamente habla de un juicio. Veamos: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Pero, ¿significa esto que hay un fuego infernal eterno, adonde irán los muertos que no se salvaron y donde padecerán un tormento incesante por toda la eternidad?

Es cierto que todo ser humano será juzgado. Más aún: Dios está juzgando *ahora mismo* a su Iglesia (ver 1 Pedro 4:17). Pero también juzgará al resto del mundo, en un juicio final conocido como el juicio ante el gran trono blanco, mil años después de la segunda venida de Jesucristo (ver Apocalipsis 20). ¿Cuál será el destino de los malos después de ese juicio? ¿Van a pasar la eternidad quemándose en un fuego infernal? ¿Acaso las almas de los malos que murieron están siendo atormentadas en este mismo momento, quizás en algún lugar debajo de la Tierra?

La resurrección a juicio

¿Cuándo se realizará el juicio? ¿Será justo después de que usted exhale su último suspiro, o será en algún momento futuro antes del fin de nuestro mundo actual? Notemos las palabras de Jesucristo: “No os extrañéis de esto: Llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio” (Juan 5:28-29, Biblia de Jerusalén).

Sí, habrá un juicio para todo ser humano. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

Sí, *todos* los seres humanos deberán comparecer ante el trono de Cristo. Cada uno de nosotros recibirá o bien una recompensa, o bien un castigo. Y como veremos, el castigo final para los pecadores que rehúsen arrepentirse será un lago de fuego.

¿Qué sucederá en ese lago de fuego? La mayoría de las personas piensan que las almas dentro del lago se retorcerán en un tormento eterno. Como ministro, he visto la angustia de personas que viven con el dolor permanente de pensar que el alma de algún amigo o familiar está sufriendo en este momento y que el suplicio durará para siempre. También he visto la satisfacción farisaica de

algunos al pensar que el alma de alguien que les disgusta, quizá de un miembro de otra religión, está sufriendo el tormento eterno.

¿Se asombraría usted al saber que las almas de sus amistades y familiares queridos no están sufriendo, puesto que no son inmortales? Al contrario de lo que se piensa en general, la Biblia no enseña que el ser humano tenga un alma inmortal. La expresión “alma inmortal” ¡ni siquiera aparece en la Biblia! Ciertamente, hay un “espíritu del hombre que está en él” y que nos distingue de los animales (1 Corintios 2:11). Aquel espíritu humano, y el cerebro humano, constituyen la mente humana. Pero esto no es un alma inmortal, sino algo que se puede acabar. Recordemos la advertencia que nos hizo el propio Jesucristo: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). Dios puede destruir el alma. ¡El “alma” no es inmortal!

Dante describe el infierno

¿De dónde nos llegó el concepto de las almas ardiendo en un fuego eterno? El poeta italiano Dante Alighieri, es quizás el principal responsable de aquellos conceptos equivocados que aún hoy perduran. Su famoso poema, *La divina comedia*, se divide en tres secciones: el paraíso, el purgatorio y el infierno. Esta última sección nos presenta al antiguo poeta romano Virgilio guiando a Dante en un viaje por el infierno. A la entrada del infierno dantesco se ve el aterrador letrero: “Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza” (*Inferno*, traducción de Luis Martínez de Merlo, Canto III, v. 9). Virgilio le habla a Dante de su visita al infierno: “Seré tu guía, y he de llevarte por lugar eterno, donde oirás el aullar desesperado, verás, dolientes, las antiguas sombras, gritando [deseando] todas la segunda muerte” (Canto I, v. 114).

Dante prosigue su viaje por varias regiones del infierno y escribe: “Bullía abajo una espesa resina... no veía en ella más que burbujas que el hervor alzaba, todas hincharse y explotarse luego” (Canto XXI, vs. 16-21). Luego el poeta ve a alguien condenado al infierno: “Aquél se hundió, y se salía de nuevo... Con más de cien arpones le pinchaban (Canto XXI, vs. 46-52).

Dante escribió *La divina comedia* como una alegoría para enseñar ciertos principios

y lecciones. El contenido también refleja la política y la historia de Italia en tiempos de Dante. Su poema *no* es un reflejo de lo que enseña la Biblia sobre el infierno. Lamentablemente, muchos han creído que las descripciones de Dante son relativamente acertadas. ¡Pero no lo son!



Dante escribió *La divina comedia* como una alegoría para enseñar ciertos principios y lecciones. Su poema *no* es un reflejo de lo que enseña la Biblia sobre el infierno.

La Biblia y el más allá

Siendo así, ¿qué es lo que enseña la Biblia sobre el infierno y el más allá? Quizás el lector conozca algunos pasajes bíblicos que tratan este tema. Quizá los haya leído a la ligera, dando por sentado que dicen lo mismo que su iglesia le enseña o que sus padres le contaron en la niñez. Notemos un pasaje muy sencillo pero fundamental: “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Observemos el importantísimo contraste que hace Pablo en este versículo. Los pecadores no se hacen acreedores a la vida eterna sino a la *muerte*. En cambio, el *don* o regalo de Dios es vida eterna por medio de Cristo, nuestro Salvador.

La paga del pecado es ¿qué? ¡*La muerte!* No es “una vida eterna de tormento”. La Biblia lo dice claramente. Sin embargo, hay maestros que confunden esta verdad tan

sencilla. Desean hacernos creer que arriba significa abajo, que bien significa mal y que muerte significa vida eterna. Usted no tiene por qué creer sus cuentos enredados. Usted puede descubrir la verdad por sí mismo en las páginas de la Biblia.

Otro pasaje que muchos interpretan mal es uno escrito por el apóstol Juan. Se trata de un versículo muy famoso, quizás el más precioso de la Biblia. ¿Cuál es? “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

¿Acaso podrían ser más claras estas palabras de Juan? Sin el sacrificio de Jesús, la humanidad moriría. No viviría eternamente. Morir significa acabarse, dejar de existir. Jesucristo vino para que no dejemos de existir para siempre. Si ya tuviéramos vida eterna, ¡Él no nos la podría dar como un regalo!

El libro de Ezequiel confirma la verdad de lo escrito por Juan. En el siguiente pasaje, Dios habla por medio del profeta Ezequiel. “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:4). Dios refuerza esta verdad unos versículos más adelante, repitiendo: “El alma que pecare, esa morirá” (v. 20). Los libros de Ezequiel y de Juan concuerdan: *el alma que peca, morirá*.

¿Qué es el infierno?

Debemos preguntar, pues, qué es aquel “infierno” capaz de destruir las almas. En Mateo 10:28, la palabra griega traducida como “infierno” es *gehenna*, derivada de la expresión hebrea *ge hinnom*, en referencia al valle de Hinom al sur de Jerusalén. Antiguamente, el valle de Hinom le servía de vertedero de basuras a Jerusalén. Allí ardían continuamente fuegos alimentados por los desechos de la ciudad, entre ellos los cadáveres de criminales condenados. Como resultado, “gehenna” se convirtió en símbolo del juicio asociado con fuego. La misma palabra se empleó en Mateo 5:22, donde Jesús dijo: “Yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al *infierno* de fuego”; fuego de la *gehenna*.

Nuestro glorioso destino

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:9-10). Ni en sueños ha sido el hombre jamás capaz de concebir el glorioso destino que Dios nos tiene reservado. La mayoría ha sido totalmente engañada sobre el propósito para el cual seremos salvos. Por eso no entienden el proceso de la salvación. Si el único propósito de la eternidad fuera “recrearse en el Cielo” todo el día, entonces, ¿por qué Dios les recalca a cada una de las siete iglesias de Apocalipsis 2 y 3 que solo los vencedores heredarán sus promesas?

Herbert W. Armstrong (1892-1986), en su último libro *El misterio de los siglos*, expresa en forma elocuente lo que será el glorioso destino del ser humano:

“¿Para qué creó Dios al hombre? Para cumplir su propósito supremo de reproducirse a sí mismo mediante el objetivo supremo de crear el carácter justo y divino en millones de hijos engendrados que se convertirían en seres divinos al nacer como miembros de la Familia de Dios... Una vez infundido este carácter en el hombre, y transformado este de carne mortal en espíritu inmortal, se hará realidad el increíble potencial humano: el nacimiento del hombre dentro de la Familia divina de Dios, la restauración del gobierno de Dios en la Tierra y la participación del hombre en la obra de creación terminando la creación de todo el vasto e interminable Universo.” (pág. 85-86).

El apóstol Juan en forma concisa describe el destino de la humanidad: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7).

Sí, los pecadores incorregibles serán lanzados a un lago de fuego. El fuego de la *gehenna* es una referencia a ese destino final de los malos.

¿Significa eso que el infierno es un valle al sur de Jerusalén? Sí, en cierto sentido el valle de Hinom es un “infierno” tal como se describe en la Biblia. Pero la palabra “infierno” puede generar confusión porque en realidad hay tres palabras griegas y una hebrea que se han traducido al español como “infierno”. *Gehenna* es una de las cuatro. Muchos eruditos bíblicos se confunden por las diversas referencias al “infierno” y sus diferentes significados. En la versión Reina Valera hay cuatro palabras traducidas como “infierno” con tres significados diferentes.

Para entender claramente lo que la Biblia enseña sobre el infierno, hay que preguntarse primero: ¿De qué infierno estamos hablando?

La palabra hebrea que la versión Reina Valera frecuentemente traduce como “infierno” es *seol*, que significa simplemente “sepulcro” o “fosa”. No indica un lugar de fuego eterno. Esta palabra se repite 65 veces en el Antiguo Testamento y se traduce como “sepulcro”, como “infierno” y como “abismo”. La Biblia de Jerusalén y otras incluyen la palabra *seol* sin traducir. Nunca la traduce como “infierno”. La palabra *seol* significa sencillamente una “fosa” o un “sepulcro”.

Si preguntamos, pues, “¿Quién está ardiendo en el *seol* (la fosa o el sepulcro)?”, la respuesta es: ¡Nadie!

Además de la *gehenna*, que analizamos antes, hay otras dos palabras griegas traducidas como “infierno” en la Biblia. La palabra griega *hades*, como la hebrea *seol*, significa “sepulcro” o “fosa”. No se refiere a un lugar de fuego que arde eternamente. Si usted tiene un ejemplar de la *Biblia de las Américas* o de la *Biblia de Jerusalén*, verá que los traductores suelen dejar la palabra *hades* sin traducir.

La cuarta palabra traducida como “infierno” en la Biblia se basa en la palabra griega *tartarus*. Esta palabra indica un estado de restricción y no se aplica a seres humanos sino a los ángeles caídos. Veamos: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio” (2 Pedro 2:4).

Como explica una fuente erudita: “El verbo *tartaroō*, traducido como ‘arrojándolos al infierno’ en 2 Pedro 2:4, significa consignar al *tartarus*, que no es el mismo *seol* ni el *hades* ni el infierno, sino el lugar donde están detenidos o ‘reservados a juicio’ los ángeles cuyo pecado especial se menciona en dicho pasaje; la región se describe como ‘prisiones de oscuridad’” (*Diccionario del expositor de palabras bíblicas*, W.E. Vine, pág. 300).

Como hemos visto, pues, la palabra “infierno” puede indicar tres lugares o condiciones muy diferentes. Puede ser una fosa o sepulcro (*seol* o *hades*). Puede referirse a un lugar de juicio y fuego (*gehenna*). Puede indicar la condición confinada de los ángeles caídos (*tartaroō*). Vemos que el empleo de una misma palabra, “infierno”, para reflejar las tres cosas, puede generar confusión y no comunica correctamente la verdad de la Biblia.

¿Quién va allá?

¿Piensa usted que Dios es injusto, que predestinó a unos humanos, hechos a su imagen, a quemarse en un fuego infernal sin una verdadera oportunidad de salvarse? Increíblemente, esta idea de un Dios cruel y caprichoso se enseña comúnmente en nombre del “cristianismo”. ¡Pero es errada! El plan de Dios le dará a cada ser humano una oportunidad auténtica de salvación.

Muchos que se dicen cristianos no han podido reconciliar el amor, la misericordia y la justicia divina con la idea de un fuego infernal eterno para quienes ni siquiera escucharon el mensaje de Jesucristo. Sin embargo, la Biblia enseña claramente que “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

¿Cómo podemos reconciliar esta aparente contradicción entre la misericordia de Dios y su justicia? La Biblia revela que miles de millones de personas tendrán su primera oportunidad de salvación en el juicio ante el gran trono blanco descrito en Apocalipsis 20:11-12. Para algunos, quizá sea difícil creer en el plan divino de salvación. Pero es un plan que nos llena de ánimo una vez que comprendemos la esperanza que trae para toda la humanidad. Los que han sufrido por sus propios pecados y su ignorancia, y los que han sido víctimas inocentes de la guerra, la opresión y el genocidio, van a resucitar para conocer y comprender la Biblia. Entonces recibirán su primera oportunidad real de entender el amor de Dios por toda la humanidad.

En el juicio ante el gran trono blanco, miles de millones de seres que estuvieron espiritualmente engeguados aprenderán de las penas del pasado. Recibirán la oportunidad de arrepentirse, de creer el evangelio y de heredar el Reino de Dios. Como escribió el apóstol Pedro: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Pero, ¿qué será de los que hayan “cauterizado” su propia conciencia y que hayan rechazado deliberadamente la verdad, el amor, el conocimiento y el perdón de Dios en favor de la rebeldía, el odio y el pecado? Estos pecadores voluntariosos ¡perecerán en un lago de fuego! Veamos: “La muerte y el hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:14-15).

Esta es la segunda muerte: la pena de muerte eterna ¡de la cual no hay resurrección! Los que hayan cerrado su mente para jamás arrepentirse ni acatar a Jesucristo van a *quemarse totalmente: ¡serán consumidos!*

En Lucas 16, la parábola de Lázaro y el rico ilustra el tormento que sufrirán los pecadores que rehúsen arrepentirse antes de perecer

en el fuego. Notemos que el rico está a punto de ser lanzado en el lago de fuego. Vemos también que se encuentra en el *hades*, está en el sepulcro, no en el fuego de la *gehenna*. Resucita para el juicio final, tal como se describe en Apocalipsis 20. ¿Y qué pide? Una gota de agua para refrescar la lengua. No pide cubos de agua para el cuerpo. El rico estaba sufriendo un profundo tormento mental y una gran angustia justo antes de perecer. Los malos incorregibles sufrirán el tormento de saber su destino antes de la ejecución final. Pero un Dios de amor y misericordia los sacará de su desgracia por toda la eternidad. Van a perecer totalmente quemados y destruidos para siempre, aniquilados en el lago de fuego... ¡un fuego que se extenderá por todo el mundo!

Sí, el mundo entero se va a purificar por fuego. “El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir” (2 Pedro 3:10-11).

Los que han sellado su propio destino, los que han decidido jamás arrepentirse de su actitud y naturaleza de maldad, ¡se consumirán hasta reducirse a cenizas! No van a sufrir tormentos para siempre. Van a recibir el castigo eterno, que es dejar de existir. En este sentido, el castigo sí durará eternamente, pero el castigo no es seguir existiendo en estado de agonía eterna. Esto es lo que la Biblia enseña. Los incorregiblemente malos quedarán aniquilados. Pero no van a perecer por capricho ni injustamente ni porque Dios los predestinó a no oír jamás el mensaje de Cristo. Como hemos visto, nadie puede salvarse sin aceptar el mensaje de Jesucristo (Hechos 4:12). En el juicio ante el gran trono blanco, los seres humanos que no hayan tenido la oportunidad de abrir la mente ante la verdad divina recibirán su primera oportunidad real de hacerlo y de ser salvos.

¿Quién, pues, está ardiendo en el infierno? Usted ya sabe la respuesta. Esa respuesta es: “¡Nadie!” Habrá un futuro lago de fuego, el cual va a quemar, o consumir, o aniquilar, a los malos para siempre. Dicho fuego va a purificar la Tierra para el Cielo nuevo y la Tierra nueva prometidos en Apocalipsis 21. Todos podemos agradecerle a Dios por su justicia y su plan de salvación por medio de Jesucristo. Sí, vendrá un juicio, ¡pero también hay esperanza para muchos de aquellos amigos y familiares que usted quizá dio por perdidos! ^{MM}

El Mundo de Mañana
Apartado 234
Santa Ana 2000
Costa Rica

NO PRIORITARIO
NON PRIORITAIRE

Visite nuestro sitio en la red:
www.mundomanana.org

Correo:
viviente@ice.co.cr